



Boletín de Antropología Universidad de Antioquia

Edición especial

Construyendo el pasado. Cincuenta años
de arqueología en Antioquia

Editora
Sofía Botero Páez



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**
1803

Departamento de Antropología
Museo Universitario

ISSN 0120-2510

Bol .Antropol.

Boletín de Antropología
Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Antropología
Medellín, Colombia

Edición Especial
Boletín de Antropología
Universidad de Antioquia

Cubierta: Archivo Graciliano Arcila Vélez, Museo Universitario Universidad de Antioquia

Solicitamos canje. We request exchange. Nous sollicitons échange
Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Antropología
Apartado 1226
Dirección electrónica: bolant@antares.udea.edu.co
Medellín, Colombia

Editado por:
Departamento de Antropología
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Museo Universitario
Universidad de Antioquia

Tiraje: 1.000 ejemplares

Diseño carátula: Sandra María Arango Mejía Imprenta Universidad de Antioquia

Diseño, diagramación e impresión: Imprenta Universidad de Antioquia
Teléfono: (547) 210 53 30
Dirección electrónica: imprensa@quimbaya.udea.edu.co

Contenido

- 9 Presentación
- 13 Palabras del Señor Rector de la Universidad de Antioquia
- 17 Graciliano Arcila y la arqueología en Antioquia
 Carlo Emilio Piazzini Suárez
- 41 Contribución de Graciliano Arcila Vélez al conocimiento
 bioantropológico de la población amerindia nativa colombiana
 Javier Rosique Gracia
- 71 Arqueología de Antioquia balance y síntesis regional
 Gustavo Santos Vecino, Helda Otero de Santos
- 125 Poblamiento prehispánico del valle de Aburrá: nuevos apuntes
 sobre un discurso fragmentado
 Mauricio Obregón Cardona
- 157 De la arqueología temprana de los bosques premontanos
 de la Cordillera Central colombiana
 Francisco Javier Aceituno Bocanegra
- 185 La nación de entre los tres ríos, o ensayos de relectura
 sobre fuentes documentales
 Sofía Botero Páez

Graciliano Arcila

y la arqueología en Antioquia

Carlo Emilio Piazzini Suárez
Instituto de Estudios Regionales INER Universidad de Antioquia
Dirección electrónica: cepiazzini@epm.net.co



Institucionalización del pensamiento social en Colombia

Dentro del proceso histórico del pensamiento sobre lo arqueológico en Antioquia, la obra de Graciliano Arcila Vélez (1912 - 2002) se entrelaza con una serie de factores políticos e institucionales para dar lugar a la instauración y desarrollo de la antropología como un campo específico de formación y práctica profesional.

El propósito de estudiar su legado no constituye un juicio histórico acerca de la obra del individuo. Hace parte de una reflexión necesaria acerca del devenir de la arqueología en el ámbito local y nacional, y específicamente sobre la manera en que se fueron tejiendo las articulaciones discursivas y las relaciones entre arqueología, institucionalidad y política en el siglo XX. Estas articulaciones y relaciones, estructuraron condiciones institucionales, prácticas profesionales e imaginarios sobre la arqueología que aún siguen funcionando, y que es preciso comprender como parte del ejercicio de trazar agendas para el futuro de la disciplina.

En el contexto regional, al nombrarse en 1943 por primera vez a un antropólogo como miembro de planta de una universidad pública, se sentaron las bases para que se oficializara el apoyo del Estado a la formación, la investigación y la divulgación arqueológica, aspectos que anteriormente habían dependido por completo de iniciativas personales en cabeza de los anticuarios e historiadores del siglo XIX e inicios del XX. Este giro, hace parte de un cambio que involucra diferentes aspectos de la vida política del país, y en general, coincide con el inicio de los estudios sociales de carácter profesional a nivel nacional.

Luego de más de treinta años de hegemonía conservadora, en 1930 con la elección de Enrique Olaya Herrera como presidente de la República, retornó al poder el Partido Liberal. En el periodo siguiente (1934 - 38), bajo la dirección del también liberal Alfonso López Pumarejo, el espíritu reformista y modernizador revivió las intenciones políticas planteadas por los radicales del siglo XIX, entre ellas la de una educación pública, descentralizada e independiente del poder eclesiástico. El nuevo esquema educativo buscaba preparar a los ciudadanos de todo tipo para abordar con éxito las perspectivas de industrialización e internacionalización de la economía, en un país cuya población de clases baja y media había crecido rápidamente en los últimos años. En este sentido se dio impulso a la instrucción en áreas técnicas, ciencias naturales y por primera vez se le prestó atención a las ciencias sociales (Jaramillo, 1980: 288).

La creación en Bogotá de centros de enseñanza media y profesional como el Ateneo de Altos Estudios y la Escuela Normal Superior, así como la reforma orgánica de 1935 en la Universidad Nacional, marcaron el inicio de un ambiente decisivo para la profesionalización de la sociología, la historia y la antropología en Colombia. Por su parte, en 1937 Gregorio Hernández de Alba, primer antropólogo colombiano, creó el Servicio Arqueológico Nacional, entidad pionera, si bien de corta duración, en el estudio y divulgación del patrimonio arqueológico del país. De este modo, cuando en 1941 el médico francés Paul Rivet propuso al gobierno de Eduardo Santos la creación de una escuela dedicada al estudio de la etnología y la formación de profesionales en el área, existían ya condiciones institucionales y políticas para crear el Instituto Etnológico Nacional, punto de partida de la antropología colombiana en cuanto práctica profesional (Jimeno, 1984: 174).

En Antioquia, las relaciones relativamente armoniosas que entre los partidos políticos se venían dando desde principios del siglo XX, entraron en una fase de tensiones y disputas a partir de la década de los cuarenta, como reacción local al nuevo orden político liberal, en un medio en el cual predominaban las convicciones ideológicas de contenido conservador (Roldan 1991: 161). En el plano educativo, en principio el rechazo fue total a las reformas de López Pumarejo, pues se consideraba que atentaban contra los presupuestos básicos de la enseñanza religiosa. A medida que se fueron introduciendo las reformas, los educadores conservadores más ortodoxos se separaron de las instituciones de orientación nacional o liberal y optaron por la fundación de otros centros de enseñanza como la Normal Antioqueña de Señoritas, disidente del Instituto Central Femenino y la Universidad Pontificia Bolivariana, como disidencia de la Universidad de Antioquia (Quiceno, 1991: 366).

En los siguiente años los esfuerzos por impartir una enseñanza profesional coherente con los modelos liberales que a nivel nacional se adoptaban para la educación pública, se realizaron en la Universidad Nacional en su sede de Medellín y en la Universidad de Antioquia. Desde ésta última, se convocaron los intereses oficiales e individuales para estudiar y preservar el patrimonio arqueológico regional, contexto en el cual la figura de Graciliano Arcila fue central durante más de tres décadas.



La ciencia del hombre

Graciliano Arcila Vélez nació en 1912 en Amagá, municipio del suroeste antioqueño. Provenía de una familia campesina, económicamente pobre y de filiación política liberal. Sus estudios de secundaria fueron interrumpidos por la necesidad de trabajar, actividad que desarrolló siendo adolescente en el Ferrocarril de Antioquia y las minas de carbón de Amagá. Luego, con apoyo de sus familiares, pudo terminar los estudios de bachillerato en el Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia en Medellín. Gracias a una beca, viajó en 1938 a Bogotá, para estudiar ciencias sociales y económicas en la recién fundada Escuela Normal Superior. Luego, en 1942 recibió el título de licenciado en antropología conjuntamente con la primera promoción del Instituto Etnológico Nacional.¹

El grupo de profesores del Instituto Etnológico Nacional incluía a varios europeos que habían tenido que salir de sus países como consecuencia de los conflictos que rodearon la

1 Los aspectos biográficos empleados en este texto, han sido tomados de publicaciones (Arcila, 1987 y 1996, Álvarez y Pimienta, 1993), así como de entrevistas efectuadas por el autor de este artículo a Graciliano Arcila en 1994.

segunda guerra mundial. Entre ellos se encontraban: Paul Rivet, médico y etnólogo autodidacta, figura central como director de la institución; Wolfgan Schottelius, arqueólogo de sólida formación quien desafortunadamente falleció cuando apenas comenzaba sus investigaciones en Colombia; José de Recasens quien enseñaba prehistoria y el geógrafo Ernesto Guhl. Entre los profesores de nacionalidad colombiana estaban: Gregorio Hernández de Alba, quien dictaba etnología; Francisco Socarrás, rector de la Normal Superior y profesor de psicología y Antonio García, connotado economista (Arocha, 1984: 50).

El énfasis de la educación impartida en esa entidad se dirigía al “análisis de la cultura material, a la recopilación de datos lingüísticos y, además, a la antropología física (antropometría y serología). Esta rama, en particular, tenía una repercusión inmediata al precisar y diferenciar el concepto de raza de los prejuicios racistas y al combatir —con firmeza— los preconceptos sobre la inteligencia del indio o del negro” (Pineda, 1984: 232).



Los objetivos de la etnología, denominada por Rivet “síntesis de ciencias” o “ciencia del hombre”, eran:

... determinar los caracteres físicos y biológicos de las distintas razas o poblaciones, desde su origen mas lejano hasta nuestros días, su filiación y sus migraciones; seguir el desarrollo de las civilizaciones, precisar sus distintas características en el transcurso de los siglos y su difusión en toda la tierra; estudiar la organización social y las instituciones, desde la época de las primeras agrupaciones hasta nuestros días, desde las formas más primitivas hasta las formas más complicadas de las sociedades modernas; investigar todas las manifestaciones religiosas, en todos los tiempos, bajo todas las latitudes y longitudes; determinar las características de las lenguas para poder compararlas, clasificarlas y establecer su filiación en el tiempo y en el espacio. (Rivet, 1943: 2).

Más allá de esta agenda estrictamente científica, Rivet consideraba que el ejercicio de la etnología podía contribuir a fundamentar ideales de justicia y entendimiento entre los pueblos, en el marco de una ideología democrática que se consideraba en peligro frente a los planteamientos nacional socialistas y fascistas que desde hacía dos décadas tomaban fuerza en Europa:

En épocas espantosas como las que estamos viviendo, cuando nos sentimos invadidos por la desesperación, tenemos que escuchar con mas fervor que nunca este himno de fe y esperanza. La etnología convida a todos a escuchar este concierto que va amplificándose a través de los siglos, hasta que domine, algún día, el estruendoso ruido de los cañones y los gritos de espanto de los pueblos martirizados (Rivet, 1943: 5).

Aun cuando las ideas impartidas por Rivet pretendían que la actividad académica e investigativa se desarrollara de manera neutral frente a la ideología y la política, es indudable que la ciencia del hombre descansaba sobre los presupuestos morales del cristianismo, en una suerte de racionalismo religioso proclive a la idea de una justicia universal que la ciencia debería develar y promover.

Esta doble faceta, no exenta de tensiones, estaría también presente en el pensamiento de Arcila, en correspondencia con su formación religiosa y las características de la ideología conservadora y liberal moderada que imperaban en el medio antioqueño. Arcila consideraba de una parte que: “Para el antropólogo verdadero que actúa ante el indígena, no puede existir un compromiso religioso, ni plataforma política e ideológica que obedecer. Su consigna es solamente perseguir la presencia del fenómeno humano, descubrir su realidad, analizar su contenido y tratar de formular necesidades básicas” (Arcila, 1973 / 1996: 57)

Pero en el contenido de sus textos, se puede observar cómo las convicciones filosóficas y políticas, así como las investigaciones y gestiones académicas, estaban guiadas por una estrecha articulación entre la fe en la ciencia y la religión, entre el conocimiento antropológico y el propósito de incorporación de los sectores sociales marginados a la dinámica de un progreso basado en las características propias de la población. Es así como se comprende su defensa de un “neohumanismo” en la labor misionera, que reconociendo la crítica histórica a los atropellos de la iglesia frente a las comunidades indígenas americanas, no declinaba en su tarea de ayudar a mejorar la calidad de vida de las comunidades, proponiéndose adelantar una aculturación regulada y no traumatizante de sus propias formas de vida (Cf. Arcila, 1973/1996: 55).

Dentro de los propósitos de Rivet, estaba que los estudiantes del Instituto Etnológico Nacional regresaran a sus respectivas provincias, para poner en práctica los conocimientos adquiridos. Arcila regresó a Medellín en 1943, para ponerse al frente del análisis y crecimiento de una colección arqueológica recientemente adquirida por la Universidad de Antioquia por consejo del propio Rivet. Con esta colección se dio comienzo al Museo Universitario, principal centro de operaciones de la antropología en Antioquia hasta la década de los años sesenta (cf. Piazzini, 1993). Posteriormente Arcila fue la figura clave en la creación del Instituto de Antropología -mas tarde Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia- y de la Sociedad de Antropología de Antioquia, entidades desde las cuales se fue conformando la base institucional del ejercicio antropológico en la región.

Los primeros años estuvieron marcados por las dificultades financieras y el desconocimiento que en general existía frente a los objetivos y alcances de la nueva ciencia llamada indistintamente antropología ó etnología: “Había que venir a luchar en un medio hostil; no me fue al principio muy bien, pero al fin y a la postre convencí a la gente y creyeron en mí”. Mientras tanto tuvo que impartir clases de secundaria en el Liceo de la Universidad, y en materias de servicio —“coprogramáticas”— de la Facultad de Educación, para justificar económicamente su vinculación a la Universidad, mientras extraoficialmente se encargaba del Museo (Entrevista, 1994).



La primera estrategia de Arcila fue “conquistar categoría” para la nueva ciencia del hombre, creando en 1945, del Servicio Etnológico de la Universidad de Antioquia. Aun cuando la entidad no tuvo mayor resonancia, logró reunir en torno suyo a los dos primeros discípulos: el filósofo ecuatoriano y profesor de derecho Benigno Mantilla Pineda y el licenciado en educación Alberto Juajibioy Shindoy, indígena Kamsá, curador del Museo y compañero de investigaciones (Arcila 1987: 16). El segundo paso fue dado en 1948, cuando comenzó a impartir cursos de antropología general y etnología americana, dentro del Programa de Estudios Generales de la Universidad (Henao 1987: 64).

En estos primeros años Arcila realizó investigaciones serológicas entre comunidades indígenas embera-chamí de Caramanta, Antioquia (1946) y reconocimientos y excavaciones arqueológicas en la región del Opón en Santander (1947). Ya se ponía de manifiesto una predilección por la antropología física² y la arqueología, ambas subdisciplinas integradas, al menos teóricamente, por el hilo conductor de una etnología concebida al modo holístico de Rivet. La lingüística, otra de las áreas fuertes dentro de la propuesta del maestro, recibió una atención secundaria dentro de la perspectiva etnológica del alumno.³



Si bien es cierto que el desarrollo de estos campos de estudio no conllevaba a una articulación de los resultados obtenidos en términos de su aporte para la comprensión integral de los procesos históricos indígenas, es claro que descansaba sobre una misma imagen de lo indígena como estadio superado o en *vía* de superación dentro de la teleología de la evolución humana. De hecho Arcila planteaba la necesidad de incidir sobre factores biológicos y culturales que ayudaran a incorporar los grupos indígenas dentro del progreso de la Nación:

Los problemas de tierras de los indios de Antioquia, son los mismos problemas de los indios de América: el despojo lento de sus tierras y la depredación de sus propios valores biológicos y culturales. Nuestros gobiernos no han sabido utilizar hasta donde es posible la fuerza que existe en estas masas humanas, para canalizarlas hacia el progreso nacional.

Creo que el elemento indígena nuestro puede salvarse en el cruce como entidad biológica que se expresa en el mestizaje; por si solo no tiene la fuerza suficiente para imponerse como entidad racial, política y económica (Arcila, 1955a: 249).

Esta imagen de grupos indígenas decadentes, que requerían la ayuda de prácticas eugenésicas para retomar el camino de la evolución, el progreso y la civilización, no distaba mucho de su visión sobre las sociedades precolombinas:

2 Sobre las investigaciones de antropología física de Arcila, se puede consultar a Rosique en este volumen

3 Sobre lingüística Arcila escribió dos notas breves acerca de las comunidades Kamsá del Sibundoy (1974b) y Emberá-Chamí de Caramanta (1996:137), así como un apartado de su libro sobre los Paces del Cauca (1989).

“No es un caso insólito en nuestras culturas prehistóricas, encontrar a veces en algunos sitios dentro de la influencia de dichas culturas, algunas enclenques manifestaciones, que pueden denunciar ya un estado de decadencia, bien una incipiente en la evolución técnica, o bien la intrusión esporádica de pueblos periféricos migrantes” (Arcila, 1960: 27)

Como venía ocurriendo desde el siglo XIX en el ámbito discursivo sobre lo indígena y lo precolombino en Colombia, en la obra de Arcila se puede observar una articulación singular entre postulados que en sentido genérico pueden ser denominados evolucionistas,⁴ aplicados a la explicación del sentido general de la historia humana, y de enunciados difusionistas, aplicados a la explicación de los cambios acontecidos en regiones y periodos específicos. Cada uno de estos postulados poseía una funcionalidad en el contexto ideológico de su enunciación.

En cuanto evolucionistas, sus ideas eran concomitantes con la obra social que el Estado y la Iglesia estaban dispuestos a realizar en pro de grupos humanos considerados marginales al progreso y la civilización, como se demostró en los propósitos altruistas del Instituto de Antropología y la Sociedad de Antropología de Antioquia.

En cuanto difusionistas, sus ideas dieron forma a un discurso sobre el pasado indígena precolombino, según el cual el territorio regional estaba habitado por grupos con niveles desiguales de desarrollo político o tecnológico y cuyas discontinuidades eran interpretadas como producto de migraciones y contactos con sociedades más o menos avanzadas, que conllevaban al enriquecimiento o la decadencia cultural. El papel central de las migraciones precolombinas tenía un paralelo histórico en los procesos de colonización y expansión de las fronteras en la Colombia de los siglos XIX y XX, en donde procesos de poblamiento y disposiciones políticas influían en el ritmo de la vida de las comunidades indígenas, ya para civilizarlas e incorporarlas a la Nación, o para extinguirlas en cuanto entidades incapaces de acoplarse al progreso.

El ciclo de oro de la Antropología en Antioquia

En correspondencia con el panorama nacional de zozobra política y social de mediados del siglo XX, el desarrollo de las investigaciones antropológicas presentó grandes dificultades, sobre todo para aquellos estudiosos que contrariando la agenda propuesta por Rivet, tenían

4 La idea de evolución biológica en Arcila, estaba más cerca del paradigma lamarckiano de modificación de las especies por efecto de las características adquiridas (en este caso de las presiones medio ambientales), que de la idea darwiniana de evolución en dos pasos: selección natural y variación genética. En su acepción sociocultural, la idea de evolución se encuentra estrechamente ligada con la de progreso (cf. Arcila 1968/1996: 30).

alguna adscripción al pensamiento indigenista de corte socialista, muchos de los cuales fueron calificados de comunistas por los gobiernos o movimientos políticos de derecha (Arocha, 1984: 52).

No obstante, es precisamente en esa época que comenzó, según las palabras de Graciliano Arcila, el “ciclo de oro” de la antropología en Antioquia (Entrevista 1993). Esta posibilidad para desarrollar estudios antropológicos, cuando en otras partes del país se había constreñido su ejercicio, tenía que ver con el interés exclusivo por el ejercicio de una arqueología prehistórica, en el contexto de la cual se podría decir que “los indios muertos ponen menos problema que los indios vivos” (Chavez, 1986: 168), mientras que el estudio de las comunidades indígenas vivas, centrado en la documentación de sus características físicas, no conllevaba a plantear temas que contrarioran las intenciones del estado y las clases dirigentes en torno de la problemática social del país.



Con la creación en 1953 de la Sociedad de Antropología de Antioquia⁵ y del Instituto de Antropología de la Universidad de Antioquia, se lograron canalizar las voluntades políticas y los recursos económicos y profesionales para sacar adelante la antropología regional. La Sociedad cumplió un papel importante en la divulgación extraacadémica de los planteamientos básicos de la antropología. Por su parte, el Instituto de Antropología, fue el soporte institucional de las actividades museográficas e investigativas y centro promotor del discurso antropológico en el ámbito académico. De particular importancia fue la aparición del *Boletín del Instituto de Antropología*, más tarde denominado simplemente *Boletín de Antropología*, publicación periódica dedicada esencialmente a la divulgación de los resultados obtenidos en las investigaciones desarrolladas por Arcila y sus discípulos.

Los integrantes de la Sociedad de Antropología de Antioquia, constituían un nutrido grupo de “hombres de ciencia” e “intelectuales de prestigio”, con reconocidas capacidades para la docencia, la administración educativa y los desempeños políticos, con un perfil similar al de los anticuarios e historiadores locales que habían descollado a finales del siglo XIX y primera mitad del XX.⁶ Se reunían una vez al mes para escuchar una conferencia de pertinencia

5 Es importante anotar que desde 1944, se había fundado la Sociedad Etnológica de Antioquia, liderada por Julio Cesar García, iniciativa que no obstante “nació muerta” (Arcila, 1991/1996: 83) y sólo vino a concretarse en 1953 con la fundación de la Sociedad de Antropología de Antioquia.

6 Entre los integrantes de la Sociedad figuraban: Pedro Rodríguez Mira (1883-1972), ingeniero y profesor de la Escuela de Minas, diputado y representante a la cámara, miembro de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín y de la Academia Antioqueña de Historia; Juan de la Cruz Posada (1869-1961), también ingeniero, diputado y representante, considerado como una autoridad local en los estudios de prehistoria; Gonzalo Restrepo Jaramillo (1895-1966), abogado y político conservador, diputado, representante, senador, ministro y embajador, miembro de la Academia Antioqueña de Historia y Colombiana de la Lengua; Julio Cesar García (1894-1959), periodista y

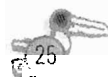
antropológica a cargo de uno de sus integrantes, tratando temas que por lo general versaban sobre la evolución del hombre, la historia del arte y las civilizaciones clásicas. Muy pocas veces se efectuaron conferencias sobre los resultados de estudios antropológicos hechos en la región o el país.

Debido a la existencia de médicos y odontólogos, así como al establecimiento de una estrecha relación entre ciencia y filantropía, los pocos trabajos de investigación desarrollados por miembros de la Sociedad se realizaron en el campo de la antropología física, siendo prioritario por una parte comparar las características del tipo de sangre, las dimensiones corporales, y la susceptibilidad a ciertas enfermedades entre comunidades indígenas y campesinas, con la finalidad de hallar marcadores de diferenciación racial y grados de aculturación y mestizaje. Por otra, los esfuerzos se encaminaban a mejorar las condiciones generales de salubridad de las poblaciones estudiadas.

En la perspectiva arqueológica, fue básicamente Arcila quien desarrolló las investigaciones y a pesar de existir historiadores, biólogos y geólogos en el grupo, estos conocimientos no tuvieron mayor aplicación en el transcurso de las mismas. Sin embargo, son de mencionar los trabajos teóricos de Emilio Robledo (1955) y el Hermano Daniel (1948 y 1955), quienes a la postre eran los únicos en manejar los conocimientos necesarios para desarrollar hipótesis coherentes con el desarrollo alcanzado por la arqueología en otras latitudes. Otros miembros como Ida Cerezo (1960 y 1962) y Luis Fernando Vélez (1965 y 1967), discípulos de Arcila, adelantaron reseñas basadas en las colecciones del Museo Universitario y breves visitas a campo, mientras que Gustavo White Uribe (1953) refirió una serie de hallazgos arqueológicos efectuados en el occidente antioqueño.

Respecto del flujo de información por fuera de la Sociedad, los propósitos fueron más efectivos en términos de cobertura y continuidad. Para ello existieron fundamentalmente tres medios: Los cursos de antropología general que ofrecía el Instituto de Antropología para los diferentes programas académicos de la Universidad; la labor divulgativa del Museo Universitario

catedrático, director del periódico *El Colombiano* y rector encargado de la Universidad de Antioquia, encargado de vincular a Graciliano Arcila a la vida universitaria en 1943; Félix Mejía Arango (1894-1978), arquitecto y anticuario, Alcalde de Medellín y senador; Emilio Robledo (1875-1961), médico y rector de la Universidad de Antioquia, presidente del senado y miembro de las Academias de Historia y de la Lengua; Héctor Abad Gómez (1921-1989), defensor de los derechos humanos, médico y rector de la Universidad de Antioquia; Alfredo Correa Henao (1903-1967) médico y profesor; el Hermano Daniel (Julian González Patiño) (1909-1988), naturalista y director del Museo de Ciencias Naturales del Colegio San José, miembro de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas y Naturales y figura científicamente reconocida en el ámbito local y nacional (Cf. Arcila, 1996: 83, 433).



por medio de sus exposiciones y conferencias; finalmente, la programación periódica que la Sociedad presentaba a través de la Emisora Cultural de la Universidad (Cerezo, 1955 y 1956).

Como ha sido insinuado anteriormente, los propósitos filantrópicos también estaban presentes en la Sociedad. Varios de sus miembros pertenecían a órdenes religiosas o desempeñaban actividades políticas o profesionales basadas en ideales de ayuda a la comunidad. En 1958, por ejemplo, una comisión de la Sociedad se trasladó al municipio del Carmen de Atrato en Chocó, con el ánimo de efectuar estudios simultáneos de antropología física y arqueología; en colaboración con la Secretaría Departamental de Higiene y la fundación de ayuda internacional *Care*, se llevó a cabo un plan de “Acción Social” que incluía la distribución de alimentos y medicinas, la realización de consultas médicas y odontológicas y la aplicación de vacunas, todo ello gratuitamente. Al decir de Arcila, esta combinación entre praxis investigativa y acción social, daba gran agilidad a los trabajos científicos (Arcila, 1960).

La Sociedad de Antropología de Antioquia se disolvió hacia finales de la década de los sesenta, en circunstancias sobre las cuales no ha sido posible hallar información. No obstante es muy probable que los conflictos que afectaron el transcurso del Instituto de Antropología de la Universidad de Antioquia, hayan incidido en el ocaso de la misma.

De la arqueología y la espiral del futuro regresivo

La primera investigación arqueológica de Arcila tuvo lugar en 1947, en la región del río Opón en Santander (Arcila, 1947), pero posteriormente sus trabajos se centraron exclusivamente en los departamentos de Antioquia y Chocó, con excepción de una corta visita a Tierradentro, Cauca efectuada en 1950 (Arcila, 1951b).

En un informe sobre las primeras investigaciones arqueológicas que adelantó en el Departamento, Arcila consideraba que:

“Es tanto lo que en arqueología hay que hacer en Antioquia, que una comisión permanente durante cinco años, apenas lograría chequear las estaciones arqueológicas, sin entrar en estudios intensivos en cada localidad” (Arcila, 1950b:36).

Trazaba así la modalidad de trabajo que desarrollaría en las siguientes décadas. Al principio los esfuerzos fueron dirigidos al levantamiento de un cuadro general sobre el potencial que ofrecían algunas regiones para el desarrollo de investigaciones futuras, y sólo posteriormente, comenzó a detenerse en los detalles de variabilidad espacio-temporal que ofrecía el registro arqueológico en áreas específicas.

Entre 1948 y 1958, llevó a cabo una primera serie de investigaciones dedicadas a reseñar hallazgos puntuales en el norte y occidente de Antioquia, en los municipios de Tarazá, Ituango, Peque, San Andrés de Cuerquia, Dabeiba, Chigorodó, Mutatá y Támesis (Arcila, 1950b, 1951a, 1953, 1955a y 1956a) y en el centro y norte del Chocó, en Carmen de Atrato y Acandí (Arcila, 1955b, 1956b y 1960). Posteriormente, entre los años sesenta y ochenta las investigaciones disminuyeron en su cobertura geográfica y periodicidad, pero se hicieron con mayor detenimiento en sectores del Suroeste del Departamento, en los municipios de Támesis, Titiribí y Venecia (Arcila, 1969), en el Valle de Aburrá (Arcila, 1969, 1970 y 1977) y en el Urabá Chocoano en el municipio de Acandí (Arcila, 1986).

Para Arcila, la arqueología por definición "... estudia la cultura humana expresada en obras materiales de grupos desaparecidos y cuyos testimonios básicamente no están bajo el control de la escritura" (Arcila 1977: 18).

Se trata de un enunciado clásico de la arqueología como práctica científica dirigida a la comprensión de la prehistoria, que no difiere básicamente del adoptado por la arqueología colombiana desde sus inicios en el siglo XIX, hasta nuestros días, cuando se ha comenzado a problematizar el límite sociotemporal que supone el estudio exclusivo de lo indígena precolombino. No obstante, el límite entre sociedades ágrafas y con escritura recibió por parte de Arcila un tratamiento más contundente, si se tiene en cuenta que a diferencia de sus contemporáneos, no incursionó de manera notable en la interpretación de fuentes escritas de los siglos XVI y XVII, ni pretendió extraer de éstas esquemas que permitieran caracterizar las sociedades precolombinas.

La arqueología colombiana ha basado tradicionalmente sus interpretaciones en la valoración de los rasgos culturales indígenas descritos por los cronistas y escribanos españoles, en términos de expresiones de etnicidad y grado de desarrollo sociopolítico de origen precolombino (Cf. Langebaek, 1996). Por el contrario, Arcila no se interesó por efectuar tales extrapolaciones, y cuando se refería a las fuentes escritas lo hacía fundamentalmente en términos de su tratamiento sustantivo como documentos para la "historia" —no para la "prehistoria"— tal como se observa a propósito de sus investigaciones sobre la primitiva fundación española de Santa María La Antigua del Darién (Arcila, 1986).

No deja de parecer paradójico que tan estricta observancia de los límites entre la ausencia y la presencia de escritura, entre prehistoria e historia, es decir entre lo indígena precolombino y lo hispano colonial, haya dado paso en las últimas investigaciones de Arcila, a una arqueología que, como la de Santa María La Antigua del Darién, podría ser tildada de histórica. Ello parece haber ocurrido a la par de un giro gradual de sus intereses, desde el estudio de las sociedades

indígenas, a lo cual dedicó buena parte de su vida, hacia la indagación más tardía por la empresa de colonización española en América. Este periplo desde la prehistoria a la historia, es el mismo que puede observarse desde sus tareas de investigador, curador y administrador de la colección arqueológica del Museo de la Universidad de Antioquia, entre las décadas del cuarenta y setenta del siglo XX, hasta su posterior desempeño en el Museo Histórico de la misma Universidad.

En lo que atañe a la arqueología prehistórica, especial interés prestó a los contextos funerarios, por cuanto permitían la consecución de piezas cerámicas completas para la colección del Museo Universitario, escenario por excelencia para representar el pasado precolombino de la región y en consecuencia, los resultados de su gestión. Los datos relativos a la forma y disposición de los enterramientos pocas veces quedaron consignados de manera gráfica en los informes, debido quizá, a las labores de g.uaquería que en general antecedían la llegada del arqueólogo a terreno.⁷ En cuanto a la excavación de sitios de habitación, se trataba de recuperar esencialmente material cerámico fragmentado, teniendo en cuenta la profundidad de los hallazgos, pero sin referencia explícita a las características de la estratigrafía ni a las connotaciones cronológicas que se podían derivar de su identificación.

El análisis realizado de los materiales recuperados consistía en la separación de conjuntos de piezas que presentaran homogeneidad en sus aspectos formales y decorativos, sin que ello necesariamente estuviera remitiendo a la existencia de diferencias culturales o temporales. Se trataba fundamentalmente de clasificaciones de utilidad descriptiva, cuyo eje de ordenamiento se restringía a la ubicación espacial. Algo frecuente en los informes de investigación de Arcila, es la descripción detallada, pieza por pieza, de sus características tecnológicas, formales, mensurables y decorativas, lo que servía fundamentalmente a la clasificación con fines museológicos. Luego, una vez se habían identificado y descrito los rasgos de cada una de las piezas, se trataba de vincularlas con conjuntos cerámicos representativos de otras áreas geográficas, para esbozar la existencia de nexos culturales o migraciones.

A partir de la decoración de la cerámica, entendida como expresión de los valores culturales de los grupos que la utilizaban, se plantearon los primeros conjuntos y asociaciones estilísticas para la región antioqueña. En el área de Urabá identificó la decoración "Incisa Relievada" (Arcila, 1955a), y mas hacia el sur, en la cuenca del río Sucio, la decoración "Incisa con variante de Pastillaje" (Arcila, 1953), ambas como manifestaciones locales, mientras que la cerámica del

7 Arcila no consideraba adecuado calificar la g.uaquería como un delito o como una práctica contraria a la arqueología. Antes bien, reconocía en ésta la existencia de un saber empírico y unos resultados que contribuían al mejor conocimiento de las culturas indígenas (Cf. Arcila, 1996: 294).

Valle de Aburrá y Titiribí se asoció con material del área Quimbaya y la del bajo Cauca, con el Horizonte de urnas funerarias del Magdalena Medio (Arcila 1951a, 1969 y 1977).⁸

Los petroglifos atrajeron poderosamente la atención de Arcila, desarrollando dos propuestas para diferenciar su origen cultural. La primera de ellas establecía que los petroglifos situados en las tierras altas contenían representaciones de figuras humanas, mientras los de las tierras bajas, en cercanías de los ríos, representaban figuras animales (Arcila, 1956a y 1969). Es probable que esta diferenciación estuviera apoyada en teorías que señalaban un marcado desnivel cultural entre los grupos asentados en las tierras altas y bajas, los primeros con una organización social más adelantada que los segundos, hipótesis que planteaba un determinismo ambiental, presente en la obra de los anticuarios colombianos desde el siglo XIX.

En una propuesta posterior, Arcila veía en las figuras en forma de espiral o sigma, un elemento iconográfico propio de grupos de origen Antillano, asentados en la región antes de que los grupos de filiación Caribe hubieran invadido el interior andino en épocas posteriores (Arcila, 1970 y 1977). Esta asociación se hizo extensiva para los rodillos de impresión, los volantes de huso y los motivos decorativos de las vasijas cerámicas (Cerezo, 1962). Del “fenómeno cultural de la sigma”, como denominó el autor esta hipótesis, se desprendían los siguientes planteamientos:

Los grabadores de rocas del Valle de Aburrá y en general del noroeste colombiano, posiblemente sean posteriores a los ceramistas de preconquista que introdujeron los motivos sigmáticos en los ceramios y volantes de huso de este valle. Puede ocurrir que la influencia antillana se introdujo a manera de cuña en éste, desde la costa marítima que tuvo su influencia continental en épocas precolombinas (Arcila, 1977: 27).

La hipótesis que sustenta la influencia del sigma en las culturas precolombinas, era explicada por tres “clases principales de dispersión”: contigüidad geográfica por el incremento de la población; yuxtaposición de elementos culturales; y arrastre intempestivo de las migraciones (Arcila, 1977: 159).

Si bien es cierto que los planteamientos sobre migraciones suponen la ocurrencia de dinámicas temporales, como se insinúa a propósito de las “yuxtaposiciones”, el carácter estático a que da lugar la consideración de la arqueología como estudio de “lo pre-histórico”, vinculado a la ausencia de interés por efectuar análisis estratigráficos, seriaciones cuantitativas y dataciones,

8 La consistencia de las singularidades y afinidades espaciales de estas agrupaciones cerámicas, encuentra soporte en las tipologías que en épocas recientes han propuesto otros arqueólogos para Urabá (Santos, 1989), el occidente, centro y suroeste de Antioquia (Castillo, 1988 y 1998; Santos, 1993; y Botero 2002), aun cuando ésta últimas poseen adicionalmente connotaciones cronológicas.

condujo a la elaboración de un cuadro espacialmente dinámico y diverso, pero históricamente congelado y homogéneo del pasado indígena precolombino de la región.

En general, las correlaciones que se establecieron para los datos recuperados, rara vez hacían referencia a las investigaciones arqueológicas que se desarrollaban paralelamente en otras áreas del país, falta de conexión que también se puede observar en las características metodológicas de las investigaciones. El análisis estratigráfico, las dataciones radiométricas, la identificación de restos orgánicos, entre otras aplicaciones que venían haciendo los arqueólogos en el ámbito nacional, no fueron incorporados al esquema local que buscaba básicamente recuperar objetos y registros gráficos para el Museo, así como su descripción e interpretación bajo planteamientos de carácter difusionista.

Este aislamiento puede ser explicado parcialmente por la dinámica interna de la arqueología en Antioquia, en la medida en que Graciliano Arcila mantuvo relaciones académicas de poca intensidad con la comunidad arqueológica nacional, restringidas a contactos esporádicos con algunos de sus contemporáneos del Instituto Etnológico Nacional, a propósito del apoyo financiero para algunas investigaciones, algún encuentro académico nacional, y más tarde, para fortalecer el esquema educativo del Instituto de Antropología de la Universidad de Antioquia.

No obstante, se sabe que los arqueólogos de otras regiones, incluidos los extranjeros, podían tener conocimiento de las investigaciones de Arcila, sus colaboradores y discípulos, por concepto de canje del *Boletín del Instituto de Antropología*. Pero por alguna razón no demostraban mayor interés por el desarrollo de la arqueología local ni su potencial. Durante bastantes años la región antioqueña apareció como un área prácticamente desconocida en lo que a la arqueología colombiana se refiere, por ejemplo en las síntesis efectuadas por Gerardo Reichel – Dolmatoff (1965) o Luis Duque Gómez (1967), e incluso en el balance nacional más reciente efectuado por el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN 1989). De otra parte, virtualmente ningún individuo que no fuera antioqueño, realizó estudios arqueológicos en la región hasta la década de los años setenta.

Este panorama contrasta con la afluencia de arqueólogos extranjeros a otras regiones de Colombia desde inicios del siglo XX, pero aún más con la intensa difusión de la riqueza arqueológica de Antioquia que en el medio nacional e internacional efectuaron los anticuarios e historiadores del siglo XIX. Las reseñas, ensayos y exposiciones de Andrés Posada Arango (1871), Robert White (1884), Ernesto Restrepo Tirado (1892/1912) y Manuel Uribe Ángel (1885), no sólo llamaron la atención de sus contrapartes colombianos, sino que influyeron decisivamente para que la región fuera incorporada en obras generales de prehistoria americana como en el caso de Thomas Joyce (1912) y Daniel Brinton (1891/1946), e inclusive para que se desarrolla-

ran estudios centrados en comunidades indígenas que en el siglo XVI poblaban el área, como fue el caso de la interesante obra de Hermann Trimborn (1943, 1944 y 1953).

De todas maneras es indudable que Arcila estaba más interesado en proyectar localmente los resultados de sus estudios y sus ideas, que en lograr el reconocimiento nacional o internacional de su trabajo. A ello se suma que a pesar de haberse formado con base en un modelo antropológico de origen francés, mantuvo durante su vida profesional una cierta refracción a la introducción de planteamientos teóricos foráneos, alimentada por una peculiar idea de nacionalismo. Así por ejemplo en 1956, planteaba en una conferencia en la Academia Antioqueña de Historia que:

“Un verdadero conocimiento de los etnos de este continente favorecerá un día la unidad ideológica de los gobiernos en el ideal de sus pueblos gobernados, ajena a los credos foráneos que sociológicamente no pueden enmarcarse en los contornos de nuestra vasta geografía” (Arcila 1956/1996: 273).

Así mismo, en un discurso pronunciado en 1972 en su natal Amagá, proponía: “pensemos como colombianos y hagamos de Colombia una patria de ideas y de hombres colombianos con estructura propia, sin pensar en ideas foráneas que enturbian nuestro porvenir. Que la filosofía que haya de regir nuestros destinos nazca de la entraña misma de lo que somos y seremos como colombianos. Que formemos un verdadero nacionalismo para que seamos dueños de nuestro destino” (Arcila, 1972/1996: 53).

Por esta vía consideraba que la arqueología y la museología como herramienta de divulgación, se justificaban políticamente en la medida en que contribuían a adquirir conciencia del propio devenir: “Los museos son los conservadores tecnológicos del principio de identidad nacional para poder ser dueños del futuro en la prospección de los valores para la construcción del país” (Arcila 1984/1996: 71).

La compleja articulación que se observa en la obra de Arcila, entre ideas cristianas proclives al progreso gradual y moderado, enunciados antropológicos de corte evolucionista y difusionista, así como ideales políticos proclives al nacionalismo, se hace visible en el discurso pronunciado en 1956:

Si queremos pervivir, tenemos que volver a nuevas bases de sustentación y tomar de la simplicidad de las fuentes morales, los principios de la rectitud, sin los refinamientos de la moral ilustrada, ni las amenazas de la desintegración del átomo. Entonces se podría reconstruir un tipo de humanidad diferente con los mismos materiales de la cultura, pero dispuestos, no en el sentido de la oblicuidad convergente de la pirámide, sino estructuradas en la orientación cósmica de la espiral, que en cada voluta toma nuevo ascenso pero sin limitar el campo de acción, para continuar en un ilimitado ascenso dentro de la finitud humana (Arcila, 1956/1996: 272).



Es así como la espiral, advertida por Arcila en los petroglifos, las vasijas, los volantes de huso y las pintaderas de origen precolombino, más allá de ser el símbolo de un “fenómeno cultural del sigma”, fue re-significada como figura del “futuro regresivo”, verdadero sentido de la historia de los pueblos americanos. Apropiándonos de la misma figura, podríamos decir que la espiral resuelve las tensiones del pensamiento de Arcila, en cuanto la historia en sus circunvoluciones permitía que se encontraran sin reñir, el pasado y el presente, la tradición y el progreso, la religión y la ciencia.

La crisis de los setenta

Al final de la década de los años sesenta e inicios de los setenta del siglo XX, se vivieron cambios notables en las políticas educativas del Estado, acompañados de turbulentos movimientos políticos de izquierda. Ambos fenómenos se inscriben dentro de un clima de cambio y reacción política de envergadura internacional. Las transformaciones propuestas desde el Estado colombiano fueron consignadas en el Plan Básico para la Educación Superior de 1971, un experimento para la actualización de la enseñanza universitaria colombiana de acuerdo al modelo norteamericano, que hacía énfasis en las profesiones técnicas (Uribe, 1980: 23). De otro lado, la izquierda política del país con sus planteamientos nacionalistas y contestatarios, hacía eco de la inconformidad internacional frente al expansionismo norteamericano, que ahora pretendía influenciar el esquema educativo nacional.

Con la tecnificación de las ciencias sociales, el Estado buscaba canalizar los vientos de cambio mas o menos revolucionarios que se ventilaban entre los intelectuales de la época, a la vez que lograr una aplicación positiva del conocimiento sobre las características de los diversos grupos sociales que debían incorporarse al orden económico y político propuesto (Cf. Arocha 1984; Jimeno, 1984 y Uribe, 1980).

En este sentido y en el campo específico de las ciencias sociales, se venían dando pasos firmes con la creación de los departamentos de antropología de la Universidad de los Andes (1963) y la Universidad Nacional (1966), cuyos propósitos encajaban, en principio, con la formación de investigadores idóneos para el desarrollo de los planes de acción social que pretendía adelantar el Estado con la asesoría de agencias internacionales.

Estas circunstancias influyeron en la creación del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia en 1966, cuyo plan de estudios propendía por la formación de antropólogos profesionales, y continuaba con el suministro de cursos de servicio para otras dependencias universitarias, en lo que se denominaba el Instituto de Estudios Generales (Cardona, 1967: 189).



Durante los años inmediatamente anteriores, desde el Instituto de Antropología Graciliano Arcila había logrado conformar un grupo de discípulos provenientes de diferentes programas académicos de la Universidad. Con ellos aprovechó la coyuntura y apoyó la idea de crear un programa de estudios de pregrado en antropología. Ante los requerimientos del Ministerio de Educación de presentar un plan de estudios con la respectiva planta profesoral, Arcila contrató los servicios de antropólogos vinculados con otras instituciones del país, para que dictaran cursos intensivos de poca duración. Así mismo, logró que profesores de otros programas académicos de la Universidad de Antioquia y algunos de sus discípulos, bajo la modalidad de auxiliares de cátedra, dictaran cursos en algunas asignaturas.

De este modo, mientras Arcila impartía enseñanzas de antropología física y etnología, para el área de arqueología contó con la colaboración pasajera de algunos investigadores formados en Bogotá, entre los cuales estaban Gonzalo Correal, Pablo Gamboa, Julio Cesar Cubillos y Blanca Ochoa de Molina. Así mismo, se desempeñaban en la cátedra de geología los profesores Hernán Restrepo y Eufredo Escorce y en la de paleontología humana y geología del cuaternario el profesor Gerardo Botero Arango, todos ellos vinculados como docentes a la Universidad de Antioquia (Cardona, 1967: 189).


En 1966 el pensum de antropología, compuesto por 41 asignaturas, incluía diez dedicadas a la arqueología, mediante cursos de Historia del Arte, Geología, Arqueología prehistórica, Museología y un Seminario-laboratorio dirigido específicamente al estudio de las colecciones del Museo Universitario. Entonces se encontraban matriculados 7 estudiantes. (Cardona, 1967).

Entre 1969 y 1970, el plan de estudios fue parcialmente modificado. En el área de arqueología, se prestó más atención al estudio de las culturas precolombinas de América y Colombia, y se incluyó un curso de Etnohistoria dedicado al “estudio de los pueblos primitivos colombianos en sus diferentes aspectos arqueológicos, lingüísticos y etnográficos, basados en los documentos protohistóricos de los cronistas”. Así mismo, se incorporó un curso de Técnicas de Investigación Arqueológica, que buscaba aportar elementos para la excavación, análisis estratigráfico y “evaluación cronológica, técnica y cultural de los objetos excavados” (Boletín de Antropología, 1969).

Para esta época, se habían incorporado algunos profesores nuevos al Departamento de Antropología: los etnólogos extranjeros Juan Hasler y Giorgio Mario Manzini, quienes daban cursos de Etnología y Antropología Cultural; los jóvenes antropólogos recién egresados de la Universidad Nacional, Hernán Henao, Germán Russi, Aydee García y Luis Guillermo Vasco; el Hermano Daniel, anterior miembro de la Sociedad de Antropología de Antioquia, quien daba clases de Paleontología, así como algunos antropólogos locales que pertenecían a la primera generación de graduados en el Departamento, tales como Ricardo Saldarriaga y José Eduardo

Murillo. La vinculación de este equipo docente, se realizó de manera gradual, permaneciendo muchos de ellos durante poco tiempo en ejercicio de sus funciones (Boletín de Antropología, 1969; Arcila 1991/1996: 80).

A finales de los sesenta e inicios de los setenta, en consonancia con factores de orden político y social que afectaron ampliamente la realidad nacional, el esquema tradicional de enseñanza de la antropología fue duramente criticado en todas las Universidades donde se impartía tal disciplina (Uribe, 1980: 24). Así como en las Universidades de los Andes y la Nacional se vivían fuertes enfrentamientos entre el orden propuesto por los antropólogos “neutrales” y los “comprometidos” con los intereses políticos de izquierda (Arocha, 1984), en la Universidad de Antioquia se dirigieron los ánimos revolucionarios en contra de la antropología tradicional, cuya cabeza visible era desde luego Graciliano Arcila.



Las exigencias de cambio fueron planteadas por parte de un movimiento conformado por algunos de los profesores venidos de Bogotá y algunos de los alumnos del Departamento de Antropología, quienes consideraban obsoletas las características del pensum vigente y proponían una reforma sustancial del mismo. La presión ejercida ante Graciliano Arcila, llevó a que éste viajara a Estados Unidos y México, con la finalidad de someter a examen su programa de estudios frente al criterio de reconocidos investigadores e instituciones del área de antropología de esos países. Así mismo, trató de oxigenar los contenidos del Boletín del Instituto de Antropología, publicando artículos teóricos provenientes de otras latitudes.

Sin embargo, el movimiento revolucionario de provincia logró la aprobación de un nuevo pensum de antropología en 1971, de manera que Arcila decidió retirarse para dirigir el Museo Universitario, que desde entonces funcionaría como una dependencia autónoma del Departamento de Antropología. Este último, quedó a cargo de algunos discípulos y profesores leales a Arcila, conjuntamente con los nuevos miembros docentes (Arcila, 1987 y 1991/1996: 80; Henao, 1987).

El nuevo pensum introdujo las modalidades de trabajo de campo como “una práctica orientada hacia la investigación” y de monografía de grado como “la investigación de un aspecto concreto”, lo que significaba un cambio sustancial pues anteriormente no se contemplaban las tesis de grado en antropología, ni se daba una clara orientación investigativa a los estudiantes (Departamento de Antropología 1971). No obstante el énfasis dado a la investigación sufriría un revés en los años inmediatamente posteriores.

Durante los años siguientes, se vivió la crisis propia de la universidad pública colombiana de inicios de los setenta. Muchas de las cátedras y cursos fueron influenciados por los planteamien-

tos del materialismo histórico, en detrimento de los contenidos positivistas de las escuelas europeas y norteamericanas, generándose una pugna política interna que afectó dramáticamente el ritmo académico (Arocha, 1984). En el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, las esperanzas puestas en el nuevo pensum, se vieron alteradas por esta situación, lo que llevó al cierre de inscripciones para nuevos alumnos entre 1973 y 1974 (Henaó 1987: 65).

Para 1975 las políticas de educación pública privilegiaron la masificación de la formación profesional sobre los planes de investigación, vinculando gran cantidad de profesores para que se dedicaran exclusivamente a la labor docente (Arocha, 1984). Esta situación conjugada con las crisis anteriores representó un hiato importante para el desarrollo de las investigaciones arqueológicas en Antioquia.

La arqueología regional durante los primeros seis años de la década de los setenta, estuvo restringida a la exposición magistral en las aulas de clase, debido a varios factores. En primer lugar la falta de estímulo a la investigación y en segundo lugar la discontinuidad de los modelos docentes. Si dentro del modelo educativo de Arcila se había dado cierto impulso a la investigación arqueológica, en el nuevo pensum el lugar de la arqueología era secundario frente al tono de importancia que en general se le prestó a la etnología dentro de la antropología de los setenta en Colombia. Como ha dicho Alvaro Chaves “la urgencia de estudiar lo social vivo, no daba cabida al estudio de lo social muerto” (Chavez, 1990: 38).

Por lo demás, el discurso rebelde de la etnología comprometida de la época tuvo una influencia muy leve sobre el desarrollo de la temática arqueológica en Colombia. Como era de esperar, la producción de textos con referencia exclusiva a temas arqueológicos decayó notablemente, predominando la problemática de las luchas indígenas y la crítica al modelo culturalista norteamericano, todo ello visible en los artículos publicados en el Boletín de Antropología durante esos años.

Estas tendencias afectaron en menor medida los propósitos investigativos de Graciliano Arcila, quien por su parte y desde el Museo Universitario como dependencia no comprometida directamente en la labor docente, logró financiación para dos de los últimos proyectos arqueológicos de su vida profesional: La Introducción a la arqueología del valle de Aburrá, efectuada en 1975 con el apoyo económico de Colciencias y la Universidad de Antioquia (Arcila 1977); y las excavaciones de Santa María la Antigua del Darién, iniciadas el mismo año con el apoyo de Colcultura (Arcila 1986) y reiniciadas en la década de los noventa. Posteriormente, en los últimos años de su vida, Arcila logró sacar adelante un nuevo proyecto: el Museo Histórico de la Universidad de Antioquia.



Consideraciones finales

La incidencia directa que sobre el desarrollo de la arqueología y la antropología regional ejerció la obra administrativa, académica e investigativa de Graciliano Arcila, abarca un lapso cronológico que va desde 1943 hasta 1970, periodo que corresponde con el establecimiento del ejercicio de la arqueología como un campo de estudio oficialmente reconocido, soportado institucionalmente pero fuertemente dependiente de la imagen protagónica de un hombre. El discurso de Arcila, desplegado en múltiples textos y aún en la estructura de las colecciones del Museo de la Universidad de Antioquia, es la parte más visible de un discurso más amplio sobre lo indígena y lo prehistórico, con una funcionalidad propia en el contexto de la vida intelectual, política y religiosa de la región.

Este periodo presenta una cierta discontinuidad frente a la afición personal por coleccionar antigüedades que estuvo ligada con el surgimiento del interés por el pasado indígena regional en el siglo XIX e inicios del XX. No obstante ofrece continuidades notables en lo relativo al tipo de articulaciones discursivas entre teorías sociales e ideologías, así como en lo relativo a la función política del discurso sobre el pasado indígena como fundamento de proyectos de identidad nacional y regional.

Respecto de los años más recientes, esto es, con posterioridad a la década de los setenta del siglo XX, los contrastes son más marcados, no sólo en lo que se refiere al desarrollo de implementaciones metodológicas y técnicas, y a una relativa apertura de las conexiones con la arqueología nacional e internacional. La falta de interés por los estudios de carácter arqueológico que acompañó la crítica de la antropología durante la década de los setenta, significó una ruptura radical frente a la tradición de pensamiento que imperaba desde hacía treinta años.

De los alumnos formados por Arcila, ninguno dio continuidad a las investigaciones arqueológicas emprendidas por éste en la región. Por su parte, los antropólogos que cubrieron las plazas de docencia e investigación arqueológica en el Departamento de Antropología, fueron formados en la Universidad Nacional sede Bogotá, trayendo consigo preocupaciones y agendas estructuradas en torno de una dinámica diferente. Si bien es cierto que durante el siglo XIX y hasta la fundación del Instituto Etnológico Nacional, el surgimiento y primeros desarrollos del tema arqueológico en Bogotá y Medellín presentaban aspectos similares, durante el periodo que hemos abordado en este texto, la arqueología efectuada en estas regiones exhibe matices diferentes.

En síntesis, las investigaciones que lentamente recomenzaron a realizarse a finales de los setenta e inicios de los ochenta, no tuvieron prácticamente ningún punto de articulación con el



periodo precedente: los investigadores no retomaron los datos e interpretaciones producidas anteriormente para la región, su formación no tenía vínculos académicos ni de orden teórico con los planteamientos de Graciliano Arcila y aparte de las colecciones arqueológicas presentes en el Museo Universitario, la existencia de una trayectoria histórica de estudios arqueológicos en Antioquia, fue desconocida inconscientemente o conscientemente por la mayoría de los investigadores.

No obstante, es preciso reconocer que dada la cobertura, contenido y continuidad que lograron las labores divulgativas del Instituto de Antropología, el Museo Universitario y la Sociedad de Antropología de Antioquia, una parte importante de los imaginarios locales sobre lo indígena y la arqueología, se estructuraron con base en el discurso de Arcila, sus discípulos y colaboradores. Muchos de esos imaginarios trascienden su obra y se proyectan hasta el presente, de tal forma que constituyen parte del entramado discursivo en el que se inserta el quehacer contemporáneo de la disciplina, sobre todo en el ámbito popular e institucional.

Resulta sin lugar a dudas interesante la capacidad de articulación del discurso antropológico de Arcila respecto del pensamiento social, religioso y político local. Ello se debe a su carácter híbrido, que enfrentando el desinterés que muchos pudieran manifestar hacia lo indígena como objeto de estudio, y careciendo de una contraparte crítica en términos académicos, se permitió plantear relaciones singulares entre ciencia y religión, arqueología y política.

Bibliografía

- Alvarez, Claudia y Pimienta, Juan C. (1993). "Graciliano Arcila, retrato de un gestor", En: *Noticias Arqueológicas ICAN*. 94.
- Arcila, Graciliano (1946). "Los Caramanta". En: *Revista Universidad de Antioquia*, 20 (80): 445 - 452.
- _____ (1947). "Arqueología de la Paz y el alto Opón". En: *Revista Universidad de Antioquia*, 21 (83): 419 - 454.
- _____ (1950b). "Investigaciones etnológicas en Urabá, Peque, San Andrés de Cuerquia e Ituango". En: *Revista Universidad de Antioquia*, 25 (97 - 98): 11 - 36.
- _____ (1951a). "Aspectos etnológicos en el Bajo Cauca". En: *Revista Universidad de Antioquia*, 26 (102): 367 - 380.
- _____ (1951b). "Impresiones de una excursión a Tierradentro (Cauca)". En: *Revista Universidad de Antioquia* 104: 653 - 665.
- _____ (1953). "Arqueología de Mutatá". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, 1 (1): 7 - 64.
- _____ (1955a). "Informe de las investigaciones realizadas en Dabeiba, Chigorodó y Acandí en Septiembre de 1954". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, 1 (3): 247 - 264.
- _____ (1955b). "Anotaciones sobre la ubicación de Santa María la Antigua del Darién". En: *Boletín del Instituto de Antropología*. 1 (3): 275 - 287.

- _____ (1956a). "Estudio preliminar de la cultura rupestre en Antioquia: Támesis". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, 2 (5): 5 - 22.
- _____ (1956b). "Acerca de Santa María la Antigua del Darién". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 1 (4): 375 - 376.
- _____ (1960). "Investigaciones antropológicas en el Carmen de Atrato, Departamento del Chocó". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, 2 (7): 3 - 38.
- _____ (1969). "Introducción al estudio arqueológico de Titiribíes y Sinifanaes. Antioquia. Colombia". En: *Boletín de Antropología*, 3 (11):13 - 43.
- _____ (1970). "Los petroglifos de Itagiú". En: *Boletín de Antropología*, 3 (12): 185 - 193.
- _____ (1974b). "Bosquejo etnolingüístico del grupo Kannsa de Sibunday (Putumayo - Colombia)". En: *Boletín de Antropología* 4 (13): 128 - 129.
- _____ (1977). *Introducción a la Arqueología del Valle de Aburrá*, Colciencias - Universidad de Antioquia, Medellín.
- _____ (1986). *Santa María la Antigua del Darién*. Secretaría de la Presidencia de la República, Bogotá.
- _____ (1987). "Palabras de agradecimiento al homenaje del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia en sus 20 años de fundación", *Boletín de Antropología*, 6 (21): 13 - 19.
- _____ (1989). *Los indígenas Paez de Tierradentro, Cauca Colombia*. Universidad de Antioquia, Medellín.
- _____ (1996). *Memorias de un origen. Caminos y vestigios*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín.
- Arocha, Jaime (1984). "Antropología en la historia de Colombia: una visión". En: *Un siglo de Investigación Social: antropología en Colombia*. Jaime Arocha y Nina Friedemann eds, Editorial Etno, Bogotá. Pp. 27 - 130.
- Boletín de Antropología, (1969). "Pensum de Antropología". En: *Boletín de Antropología*, 3 (11): 5 - 11.
- Botero, Sofia (2002). "Entre rocas, espacios sagrados. Actividad humana antigua en los organales de Titiribí, Antioquia, Colombia". En: *Boletín de Antropología* 16 (33): 77 - 99.
- Brinton, Daniel (1891/1946). *La raza americana*. Editorial Nova, Buenos Aires.
- Cardona, Mauricio (1967). «Informe del Instituto de Antropología». En: *Boletín del Instituto de Antropología* 3 (10): 189 - 195.
- Castillo, Neyla (1988). "Las sociedades indígenas prehispánicas". En: *Historia de Antioquia*, Jorge Melo, editorial Presencia, Bogotá. Pp. 23 - 40.
- _____ (1998). *Los antiguos pobladores del valle medio del río Porce*. Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- Cerezo, Ida (1955). "Movimiento cultural". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 1 (4): 295 - 299.
- _____ (1956). "Balance de divulgación". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 1 (4).
- _____ (1960). "Museo Leocadio María Arango". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 2 (7): 157 - 159.
- _____ (1962). "Breve estudio de algunas pintaderas - rodillos del Departamento de Antioquia". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 2 (8): 104 - 122.
- Chaves, Álvaro (1990). "Reseña histórica de la enseñanza de la arqueología en Colombia". En: *Boletín de Antropología Pontificia Universidad Javeriana* 5 (5): 37 - 44.



- Chaves, Milciades (1986). *Trayectoria de la antropología en Colombia*. Colciencias, Bogotá.
- Daniel, Hermano (1948). *Nociones de geología y prehistoria de Colombia*. Editorial Bedout, Medellín.
- _____ (1955). "Un auxiliar más de la arqueología". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, 1 (3): 235 - 245.
- Departamento de Antropología. (1971). *Pensum del Programa de Antropología*. Archivo del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, Medellín.
- Duque, Luis (1967). Tribus indígenas y sitios arqueológicos. En: *Historia Extensa de Colombia*. Academia Colombiana de Historia, Editorial Lerner, Vol.1, Tomo 2, Bogotá.
- Jaramillo, Jaime (1980). "El proceso de la educación del Virreinato a la época contemporánea". En: *Manual de Historia de Colombia*. Instituto Colombiano de Cultura, Tomo III, Bogotá. Pp. 249 - 339.
- Jimeno, Miriam (1984). "Consolidación del Estado y antropología en Colombia". En: *Un siglo de investigación social*. Jaime Arocha y Nina Friedeman eds, Editorial Etno, Bogotá. Pp. 159 - 196.
- Henao, Hernán (1987). "Departamento de Antropología Universidad de Antioquia: Pasado y futuro". En: *Boletín Museo del Oro* 18: 64 - 65.
- ICAN (1989). *Colombia Prehispánica: Regiones Arqueológicas*. Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, Bogotá.
- Joyce, Thomas (1912). *South American Archaeology*. G.P. Putnam's sons, Nueva York.
- Langebaek, Carl (1996). "La arqueología después de la arqueología en Colombia". En: *Dos lecturas críticas. Arqueología en Colombia*. Fondo de Promoción de la Cultura. Banco Popular, Bogotá. p. 9 - 42.
- Piazzini, Emilio (1993). "Las Colecciones Arqueológicas del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia". En: *El Marrón Inciso de Antioquia*. Museo Nacional, Bogotá. Pp. 25 - 36.
- _____ (1995). *Historia de la arqueología en Antioquia: contextos teóricos y sociales*. Monografía de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín. Inédito.
- Pineda, Roberto (1984). "La reivindicación del indio en el pensamiento social Colombiano (1859 - 1950)". En: *Un siglo de Investigación social: antropología en Colombia*. Jaime Arocha y Nina Friedemann editores, Editorial Etno, Bogotá. p. 197 - 252.
- Posada, Andrés (1871). *Ensayo etnográfico sobre los aborígenes del Estado de Antioquia en Colombia*. Imprenta de Rouge Hermanos y Compañía, París.
- Quiceno, Humberto (1991). "La educación primaria y la secundaria en el siglo XX". En: *Historia de Antioquia*. Jorge Melo editor, Editorial Presencia, Medellín. p. 363 - 366.
- Reichel - Dolmatoff, Gerardo (1965). *Colombia: Ancient peoples and places*. Thames and Hudson, Londres.
- Restrepo Tirado, Ernesto (1892/1912). "Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada". En: *Boletín de Historia y Antigüedades* 7 (80 - 81 - 82): 465 - 656.
- Rivet, Paul (1943). "Etnología, la ciencia del hombre". En: *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1 (1): 1 - 6.
- Robledo, Emilio (1955). "Migraciones oceánicas en el poblamiento de Colombia". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 1 (3): 215 - 234.
- Roldan, Mary (1991). "La política antioqueña de 1946 a 1958". En: *Historia de Antioquia*. Jorge Melo editor, Editorial Presencia, Medellín. Pp. 161 - 176.
- Santos, Gustavo (1989). "Las Etnias Indígenas Prehispánicas y de la Conquista en la Región del Golfo de Uraba". En: *Boletín de Antropología* 6 (22): 1 - 173.

_____ (1993). "Una población prehispánica representada por el estilo cerámico Marrón Inciso". En: *El Marrón Inciso de Antioquia. Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia 190 años*, Museo Nacional, Bogotá. Pp. 39 - 55.

Trimborn, Hermann (1943). "Tres estudios para la etnografía y arqueología de Colombia: Los reinos de Guaca y Nore". En: *Revista de Indias* 4 (11, 12, 13 y 14): 43 - 91, 331 - 347, 441 - 456 y 629 - 681.

_____ (1944). "Tres estudios para la etnografía y arqueología de Colombia: Las minas de Buriticá", En: *Revista de Indias*, 16.

_____ (1953). "Dobaiba: diosa de las tormentas", En: *Revista Universidad de Antioquia*, 94: 261 - 274.

Uribe, Carlos A. (1980). "La antropología en Colombia". En: *América Indígena* 40 (2): 281 - 308.

Uribe Ángel, Manuel (1885). *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*. Victor Goupy y Jourdan, París.

Vélez, Luis Fernando (1965). "Cultura rupestre de Titiribíes: la 'Piedra del Indio'". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 3 (9): 119 - 127.

_____ (1967). "La cerámica Alzate, una pintoresca farsa científica". En: *Boletín del Instituto de Antropología* 3 (10): 155 - 178.

White, Gustavo (1953). "Civilización Katía Precolombina". En: *Revista Universidad de Antioquia* (111): 447 - 470.

White, Robert (1884). "Notes on the aboriginal races of the North - Western provinces of South America". En: *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* 13: 240 - 258.



"...el futuro hará la crítica de estos tiempos de dificultades en que se ha tenido que romper el cerco de la tradición y la política en pro de una obra que Colombia y América necesitan" (Arcila, 1956).